

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José Rodrigo Castillo

“Pedro José Márquez: la arquitectura como reivindicación del México autéctono”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 39-43.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

El éxodo jesuita en América fue un acontecimiento bumerán para la cultura mexicana. Si en 1767 se decreta la expulsión de la Compañía para erradicar su influencia en las sociedades novohispanas, su producción intelectual continuó e incluso se fortaleció entre los muros de los retiros forzados o los claustros en los confines italianos, para ser introducida —a veces clandestinamente— a la cuna civilizatoria donde se había gestado y así lograr una difusión más extensa

Pedro José Márquez: la arquitectura como reivindicación del México autóctono

José Rodrigo Castillo

Aunado a los desentierros de la Coatlicue y el calendario solar en la Plaza Mayor de México, dos noticias traspasaron los mares a finales del siglo XVIII, como vaticinando una nueva era con la resurrección de los ídolos paganos: los hallazgos de las ruinas de Xochicalco y El Tajín.

desde el extranjero. La melancolía del expatriado se volvió contra la Corona; devino germen de ideas independentistas y del movimiento reivindicador del pasado indígena. En ese ambiente se retomaron las denuncias del salvajismo castellano en la invasión y, asimismo, se despertó el interés por los vestigios autóctonos de México. Pedro José Márquez (1741-1820) será un filósofo y padre jesuita de primer orden; creará desde el exilio una obra enfocada en las reflexiones estéticas, el estudio de las ruinas romanas y la arquitectura de la antigüedad mesoamericana. Seguiremos aquí parte de su legado en *Due Antichi Monumenti di Architettura Messicana* (1804), que trata sobre las edificaciones principales de El Tajín y Xochicalco, importantes para comprender la consolidación de la identidad nacional mexicana.

El castillo de Xochicalco y la pirámide de Papantla

Aunado a los desentierros de la Coatlicue y el calendario solar en la Plaza Mayor de México, dos noticias traspasaron los mares a finales del siglo XVIII, como vaticinando una nueva era con la resurrección de los ídolos paganos: los hallazgos de las ruinas de Xochicalco y El Tajín. La grandilocuencia de las masas arquitectónicas motivaría, pronto, textos relacionados con su valor artístico, el significado y el sentido de sus elementos constitutivos y la explicación de sus técnicas de construcción. Necesariamente, las edificaciones invocaron su pasado y exigieron el esfuerzo de los precursores de la arqueología americana para su desciframiento.

Ambas zonas eran conocidas por algunos lugareños, aunque ha-

bían sido resguardadas de los ojos europeos. En 1785 se difundió la noticia del avistamiento (pues no podemos hablar de descubrimiento) de la pirámide de los Nichos por Diego Ruiz, funcionario menor de Nueva España. En 1791 apareció en la *Gazeta Literaria* “Descripción de las antigüedades de Xochicalco”, del erudito José Antonio Alzate y Ramírez, quien había explorado un par de ocasiones la región de Cuernavaca, en 1777 y 1784. Con la descripción de Ruiz sobre la complejidad arquitectónica del basamento de los Nichos y con la monografía de Alzate acerca de la grandeza ingenieril de la Casa de las Flores, se inaugura una etapa donde las antiguas piedras se convirtieron en argumentos objetivos y objetivados contra la leyenda negra del atraso indígena.

Sabemos por Leonardo López Luján que el religioso José Pichardo fue, por decirlo así, el responsable indirecto de que Márquez recibiera la información para redactar sus propias reflexiones al respecto, pues:

En 1803, envió a Roma un ejemplar impreso de la *Descripción de las antigüedades de Xochicalco* y otro de la *Gazeta de México* de 1785 que conte-



Pedro Jesús Orea Reyes: *Vitrina*

nía la famosa noticia sobre las ruinas de El Tajín [...]. El destinatario fue el jesuita e historiador expulso Andrés Cavo, quien justo antes de fallecer turnó ambos documentos a otro miembro de la orden que durante el destierro en Italia se había vuelto experto en la arquitectura clásica: Pedro José Márquez (2021, 103).

El filósofo tapatío debió haber hallado en Márquez el depositario idóneo de aquellos textos no tan accesibles del otro lado del Atlántico. Para entonces, su colega era una figura polémica en los círculos intelectuales; había explorado los vestigios romanos y escrito cinco obras de valía, donde sobresale su fijación por los caracteres de la concepción arquitectónica de la América autóctona. Para 1804, traducirá y comentará *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del empedrado que se está formando en la plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790* (*Saggio dell'astronomia, Cronologia e Mitologia degli antichi Messicani*), de Antonio de León y Gama; y, por supuesto, escribirá *Due Antichi*

Monumenti di Architettura Messicana (Dos antiguos monumentos de la arquitectura mexicana), para así dar a conocer desde Europa imágenes del edificio de las Serpientes Emplumadas y el de los Nichos en la Ciudad del Trueno.

El argumento ontológico-arquitectónico

Alzate quizá sea la primera figura de renombre en usar las edificaciones antiguas para refutar las diatribas y las calumnias contra los autóctonos de América, promovidas por la larga lista de Buffon(es) y Pawn(es). Las edificaciones, para Alzate (como después para Márquez y Carl Nebel), no mentían ni tergiversaban el pasado; eran testimonios insobornables, no como las palabras comprometidas de los historiadores, menos si se trataba de las letras de sangre de los soldados y los capitanes con evidente conflicto de intereses. Al contemplar el tamaño de los materiales de construcción de Xochicalco, Alzate identificaría un saber especializado en mecánica para el traslado, corte y montaje de bloques pétreos; un profundo conoci-

miento matemático y astronómico en la orientación cardinal del edificio; una habilidad artística en la decoración escultórica de la representación glífica, entre otras virtudes. Las técnicas desarrolladas, por tanto, no dejaban dudas del avance civilizatorio.

Alzate no era un romántico trasnochado con sueños seudoburgueses, sino un ilustrado educado con los jesuitas, con pleno dominio de las ciencias exactas y las humanidades de su tiempo. Márquez debió entender perfectamente su lenguaje, la deducción arquitectónica para comprender el mundo y parte del devenir americano. La formación intelectual de Márquez también conjuntaba el rigor científico y su encanto por el arte y por lo bello, la especulación física y filosófica. En *Sobre lo bello en general* (1801) había hecho disertaciones ontológicas y epistémicas acerca de la belleza, mostrada por los fenómenos de la luz y la luminosidad, cuya potencia nos revelaría la perfección. No será casual que haya quedado fascinado con el basamento de El Tajín, síntesis de juegos claroscurros y sofisticación de formas. Quizá en esta edificación se resumía toda su concepción lumínica de la estética.

Los edificios son materializaciones de la razón, lo “verdadero” para Márquez, pues es imposible su construcción sin seguir los principios científicos y del pensamiento organizado. La anarquía está excluida de esta armonía estructural, desde el diseño hasta la ejecución. La comprensión de las edificaciones complejas solo es producto de seres racionales: logos y belleza, predicados del ser según las categorías clásicas de la filosofía occidental. Es decir: los objetos y los conceptos racionales, como los complejos de Tajín y Xochicalco (de probada calidad por el tiempo), únicamente pue-

den ser adjudicados a indígenas en tanto sujetos constructores de razón y sentido: resultado de su humanización exteriorizada en el universo material.

La arquitectura como comprensión del mundo

El humanismo de Márquez era universal y no estaba sesgado por ideologías de segregación racial o religiosa. Su discurso adquiere fuerza por su ética descolonizadora. Él afirmaría que Europa era tan antigua como América, aunque hubiese llegado a tal conclusión por el mito genealógico de Adán y la dispersión babilónica. En su opúsculo, criticó el nacionalismo pueblerino cuya exacerbación se expresa como sentimiento de superioridad hacia los otros pueblos, los extraños, los diferentes; señaló, asimismo, el menosprecio a las lenguas extranjeras, efecto de la ignorancia. El jesuita guanajuatense alentaría a una actitud filosófica tolerante y empática, pues todos somos compatriotas desde una perspectiva amplia y, gracias a la educación, cualquier lengua y cultura tiene la capacidad del desenvolvimiento más sofisticado, como sería el caso de los antiguos mexicanos. La arquitectura, en apariencia alejada del humanismo, impulsará en Márquez un modelo filosófico para comprender al ser humano, la historia y el mundo.

Para Márquez, su obra se dirigía a sujetos imparciales, mentes abiertas con la capacidad de escuchar otro relato de la cultura indígena, distinto al del eurocentrismo, con el objetivo de hacer juicios propios. La justificación del opúsculo era difundir las singularidades y los hechos objetivos del pasado de América, porque el imaginario occidental estaba saturado de representaciones e ideas falsas, alimentadas por una gran



Pedro Jesús Orea Reyes: *Vitrina* (detalle)

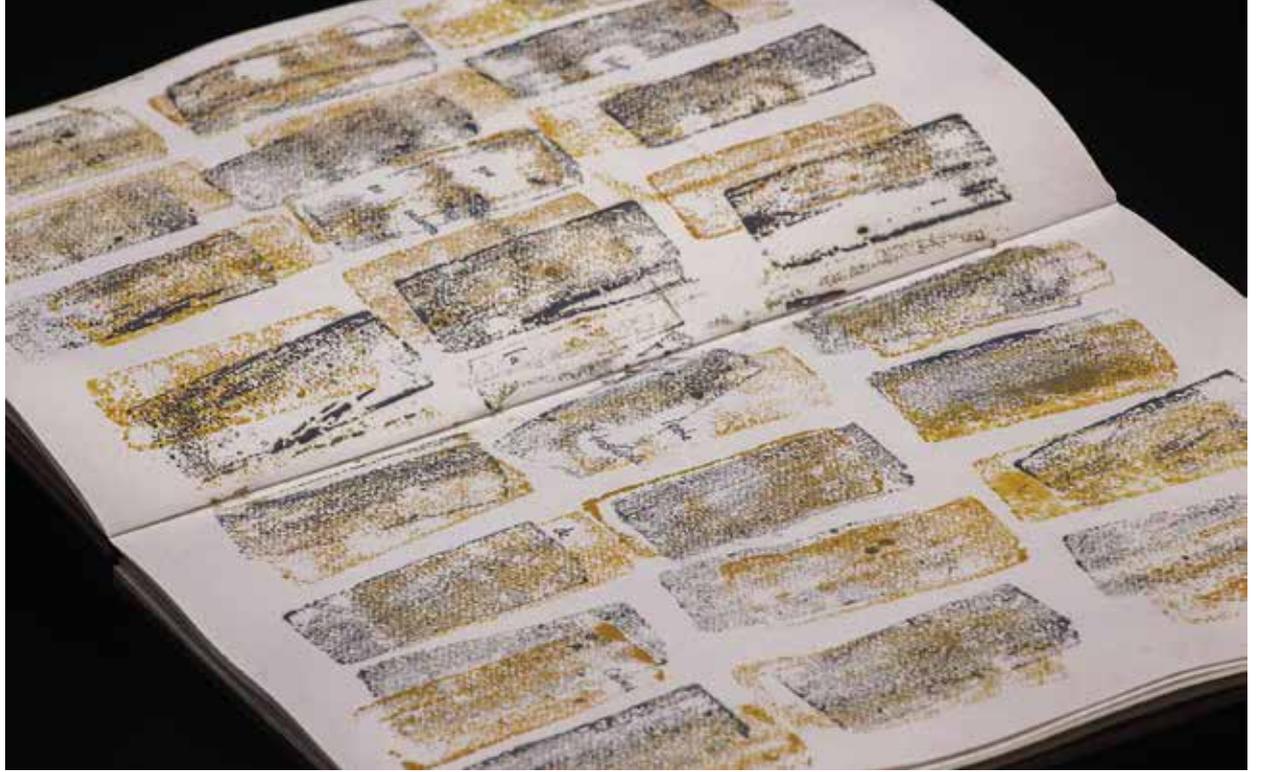
producción discursiva. Así como durante siglos la filosofía se invocará para proyectos de exploración colonialista, el mexicano —como firmaba acaso en un gesto por negar su identidad novohispana, similar a Fernández de Lizardi— puso en el centro de su discurso la reivindicación ética del quehacer filosófico, sin la tentación de valorar la capacidad o la incapacidad de los seres humanos por su color de piel y su lugar de nacimiento. Se verá, entonces, la potencia de un pensamiento como apertura para comprender el mundo; nunca como negación hipócrita de la otredad.

El basamento de los Nichos

Márquez ubica la posición geográfica de El Tajín a dos leguas hacia el poniente de la alcaldía mayor de Papantla, pueblo de indios que albergaba 4 000 habitantes y cubría la jurisdicción de 10 localidades. Aunque nunca exploró El Tajín, esto no le impidió hacer un diseño del teocalli, el cual es la segunda imagen pública de los Nichos. Su única fuente sería la relación de la *Gazeta* y, por tanto, reprodu-

ce ciertas inexactitudes. Con esos datos especulativamente reconstruyó la capilla del último piso y fechó la construcción del edificio antes de 1325. Márquez tuvo la necesidad de explicar el uso de las escalinatas, pues algunos europeos creían ridículo colocar las gradas tan alto en la arquitectura indígena. Es llamativa la lectura comparativa del jesuita entre el funcionamiento de los teatros romanos y la utilización del teocalli. Supuso que las alfardas se usaban como escaleras y que la escalera y los pisos eran graderías. Si bien hay un aspecto estético en estos caracteres, la perspectiva de Márquez está invertida: los espectadores veían el ritual de las ceremonias y los sacrificios desde abajo, no desde arriba como los romanos: el basamento era parte del escenario, cosmograma donde se desenvolvía la recreación incesante del universo.

Tanto los antiguos griegos como los mesoamericanos no tenían un concepto secular de teatro. Esa performatividad era transustanciación pura: encarnación. El sacrificio atraviesa ambas culturas: la visión fatalista del cosmos. En el fondo la sangre redime, purifica, genera una suerte de



Pedro Jesús Orea Reyes: *Diario* (detalle)

hábito para el movimiento perpetuo: el renacimiento del todo. Paradójicamente, para el desarrollo de tal representación espiritual y alegórica, era necesario el espacio físico que debía mimetizarse con el pensamiento y la doctrina religiosos. La arquitectura autóctona seguía con fidelidad esta paridad con una numerología astronómica. Márquez, justo, prestó atención al aspecto matemático. Si en las cuentas de Ruiz la suma de los nichos dio 342, Márquez obtuvo 366 por sus lados y 12 incrustados en la escalera, para hacer un total de 378. Sería el primero en sostener la hipótesis de que los nichos correspondían a una cuenta calendárica. Sus resultados están más cerca de la convención solar (con trasfondo gregoriano) de los 365 días de la interpretación actual. A diferencia de las imágenes de la *Gazeta* y los pioneros esbozos de Guillermo Dupaix, el grabado de Márquez representa con exactitud el número de los escalones y los nichos de dos fachadas; sin embargo, la pulcritud de su técnica distorsiona las escaleras de la

construcción. Por lo demás, se entiende lo imposible de una mimesis absoluta del original si la fuente era la reproducción de otro artista.

Márquez comparó el basamento de los Nichos con las pirámides egipcias y, tal vez de manera metafórica, con la Torre de Babel. Después de todo, tanto este último de carácter mítico como aquellos históricos han servido como dispositivos nemotécnicos. La relación del mito y la historia resulta inherente, incestuosa: cimientos del edificio de la memoria colectiva. Los monumentos públicos son presencia del espacio vital, significación del poder y la organización estatal y civil; pero también, como muchos otros objetos cuando su utilización primaria cae en desuso, fósiles del recuerdo: testimonios que, a menudo, dicen más de lo que deberían.

La reivindicación del pasado

Un sentimiento de pertenencia patriótica impulsó la visión archi-

tectónico-filosófica de Márquez, tanto como la defensa personal del pasado al cual decidió adherirse, si tenemos en cuenta el origen español de sus padres. En su restitución histórica, los toltecas aparecen como los antepasados de los mexicas, que colocó en un peldaño superior a las demás sociedades mesoamericanas, con una organización capaz de generar riquezas y la subyugación de los señoríos de su tiempo. Márquez subrayó la sobresaliente producción artesanal y los progresos científicos, prácticos y teóricos, como las grandes construcciones: observatorios, jardines botánicos, avenidas empedradas en terrenos pantanosos, acueductos... Se dio cuenta de que para hacer hablar a las piedras necesitaba invocar a la historia y la filología nahuas, pues cuando los elementos de una estructura permanecen aislados estos callan o engañan la mente de los eruditos más avisados.

El breve recorrido de Márquez sobre la industria y la producción de objetos ponía de relieve su valor artístico, para di-



Pedro Jesús Orea Reyes: Colecciones

sipar de paso la ignorancia alrededor de la ciencia y la técnica de los antiguos en las construcciones a gran escala. Fue consciente de que en la antigüedad había una mezcla abigarrada entre lo histórico, lo científico y lo religioso. Para esto delinea la explicación del sistema sacro y bélico de los teocallis; se inmiscuye en una discusión para desmentir las exageraciones en cuanto a los sacrificios humanos, pues no eran tan habituales ni correspondían a las dimensiones señaladas por algunos escritores, ni todos los basamentos servían para tales fines. Además, para combatir la amnesia selectiva y poner en claro cómo la barbarie no es privativa de un continente, Márquez recordó que todas las civilizaciones han realizado este tipo de prácticas sacrificiales.

La relación entre los monumentos y la historia es compleja, porque aquellos son más que sus materiales físicos, devienen símbolos dialógicos, interpelación semántica; y esta en su inmaterialidad

construye narrativas con la fuerza de preservar o arrasar los vestigios y las huellas de civilizaciones no gratas para el ojo mezquino. Márquez pensó el pasado desde la arquitectura como una historia esculpida, cincelada en piedra, como si de los golpes salieran chispazos para iluminar por instantes la noche eterna del mundo.

Para Márquez, la novedad encuentra su equivalencia en la luz. Si seguimos la metáfora (que es física pura en él), la obscuridad del pretérito puede abrir paso a la vanguardia cuando se ilumina con suficiencia. Los románticos lo tendrán claro con el regreso a épocas remotas. Si la luz, como decía Márquez, determina las cosas bellas para la contemplación del espíritu, entonces el no-ser sería imprescindible: la noche, como el Diabolo en la teología cristiana, tan necesaria como indeseable: alegoría del olvido. La obra de Márquez constituye un opuesto a este olvido: luz y forma, pensamiento arquitectónico, reivindicación del pasado autóctono de México. **LPyH**

REFERENCIAS

- López Luján, Leonardo. 2021. "Las primeras exploraciones en Xochicalco, El Cerrito, El Tajín, Cantona y Teotihuacan (1777-1792). En *La arqueología ilustrada americana*, coordinado por Jorge Maier Allende y Leonardo López Luján. Madrid: Academia Mexicana de la Historia, 93-124.
- Márquez, Pedro José. 1882. "Dos antiguos monumentos de arquitectura mexicana". *Anales del Museo Nacional II* (2). Primera época. Traducido por Francisco del Paso y Troncoso. México: Imprenta de Ignacio Escalante.
- 1972. *Sobre lo bello en general*. Edición de Justino Fernández. México: UNAM.

José Rodrigo Castillo es maestro en Filosofía y licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas, por la UV. Ganador del Premio de Ensayo Carlos Pereyra en 2016, convocado por la revista *Nexos*. Autor de *El modernismo hispanoamericano: presupuestos estéticos y filosóficos* (Ivec, 2019).